

## **CRÓNICA A TEODORO BECERRIL**

### **TRABAJADOR INCANSABLE DE LA VIÑA DEL SEÑOR.**

Por David Carrillo Prieto

Cumplir cincuenta años de vida sacerdotal representa, para el consagrado, un motivo de acción de gracias, de revisión personal y recapitulación, que le anima a proseguir en la carrera emprendida hasta alcanzar la meta. Este jubileo, compartido por la comunidad cristiana, estimula a todos a redescubrir la esperanza que confiere sentido y plenitud a la existencia humana; aquella que se funda en la promesa del Maestro: “el reino de Dios está cerca” (Mt 4,17), y por la cual merece la pena vivir, entregarse y perseverar en el camino de la fe.

Quien arriba a sus Bodas de Oro sacerdotales, el padre Teodoro Becerril, es conocido y estimado por muchos, dada su larga trayectoria al servicio de la Iglesia en Cuba. La firmeza de su voz, la elegancia y solemnidad que imprime a las celebraciones litúrgicas, sus emotivas predicaciones, su entusiasmo contagioso, que no ha decaído con el paso de los años ni con la fatiga de las jornadas, y su celo apostólico, hacen de él un carismático sacerdote y un testigo singular del evangelio para estos tiempos en que “son menester amigos fuertes de Dios”, parafraseando a santa Teresa. Aprovechando esta ocasión especial, el párroco del Carmen accedió a compartir con los lectores sus recuerdos más entrañables, las motivaciones que animan su vida y su misión, y sus criterios con relación a nuestra Iglesia. Todos tenemos nuestra historia personal, -afirmó el sacerdote carmelita-, y se remontó a los tiempos de su infancia: yo formé parte de una familia sencilla, de agricultores, en la España de la década de los cuarenta. Vivíamos en un pequeño pueblo de Palencia, en Cozuelos de Ojeda, más concretamente. Mis padres tuvieron cinco hijos, dos de ellos somos sacerdotes. Mi hermano, el padre Ángel, pertenece al Instituto Religioso de Sacerdotes Misioneros Españoles. Durante veintiocho años ejerció su Ministerio en Zimbabwe, y hace nueve años fue designado para Tailandia, donde reside en la actualidad. Fuimos educados cristianamente, tanto en el hogar como en la Parroquia del pueblo y la escuela, que aunque no era un colegio religioso, sino público, se impartía la asignatura de Religión a los niños cuyos padres la solicitaran, que normalmente eran todos. ¿Cómo despertó en mí la vocación? Pues no lo sé; es un

Misterio de la Gracia, un don de Dios, -asegura-. Dicen quienes me conocieron que yo era un niño muy juguetón, ¡y hasta un poco maldito!, -sonríe-. Y que entre mis travesuras, también jugaba a decir Misa con mis hermanos. Creo que mucho influyó el ejemplo de mis padres, la educación que me impartieron, la bondad y santidad del párroco de mi pueblo, y las predicaciones ofrecidas por un sacerdote carmelita coterráneo, que de vez en cuando nos visitaba. Poco a poco fui descubriendo que quería ser sacerdote, y ser carmelita. A los once años y medio dije a mis padres que me iba con los frailes, y entré en el Seminario Menor. Por aquel entonces el régimen de formación era mucho más riguroso; permanecíamos internos todo el tiempo; incluso durante el verano, cuando íbamos de paseo y de excursión, porque

no teníamos clase. Así que no volví a casa hasta pasados doce años, cuando recibí la Ordenación Sacerdotal y fui a cantar Misa junto a la familia y los amigos. Seguidamente evocó uno de sus recuerdos más emocionantes: el ver realizado, finalmente, su sueño. Éramos un grupo numeroso, -explica-. Alrededor de ciento cincuenta candidatos recibíamos las órdenes sagradas del presbiterado, el diaconado, el subdiaconado o bien las órdenes menores, de manos de Monseñor Francisco Barbado Viejo, un obispo dominico de feliz memoria, en la monumental Catedral Vieja de Salamanca. Fue el Sábado Santo de 1957, durante la Vigilia Pascual. La ceremonia duró siete horas, pues el ritual de la Ordenación comenzó antes, y no concluyó sino después de finalizada la Vigilia.

**“IRE DONDE LA GLORIA DE DIOS ME LLAME”**

**(Beato Francisco Palau, carmelita)**

Siendo un joven sacerdote, se le confió la misión de servir a la Iglesia en tierra cubana. ¿Cómo ocurrió la designación? ¿Qué sentimientos brotaron en su corazón? A los que terminábamos el currículum de nuestra carrera –comenta-, el superior nos preguntaba cuáles eran nuestros propósitos e ilusiones, dónde preferíamos trabajar. Yo le pedí que, si no había inconvenientes, me confiara la labor misionera en alguna parcela de nuestra provincia religiosa, que por entonces comprendiera a Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba. Me envió aquí, donde los carmelitas estábamos presentes desde 1880. Con mucho gozo e ilusión, cinco de los nuevos carmelitas partimos en el vapor “Satrústegui” rumbo a La Habana. Salimos de Cádiz, hicimos escala en Tenerife, La Guaira, una región de Venezuela, Curazao y Santo Domingo. Después de tres días allí retrocedimos a Puerto Rico, y bordeando por el norte, divisamos las costas cubanas el 12

de mayo de 1958. Recuerdo que un sobrecargo, muy amigo de los carmelitas, nos señaló, desde lo lejos, una torre sobresaliendo entre los edificios, y nos dijo: ¿ven esa torre? Aquella es vuestra casa. Al poco rato se podía divisar, con mayor claridad, la hermosa torre monumento a la Virgen del Carmen.

Ya en Cuba, nos distribuyeron de acuerdo a las necesidades de cada lugar. Los carmelitas, por esos años, estábamos presentes en Camagüey, Sancti Spiritus y Cabaiguán, además de La Habana y Matanzas. A mi me confiaron la Dirección y Administración del Colegio parroquial, que estaba por inaugurarse. ¡Era una obra social magnífica!- exclamó-. Se impartía toda la enseñanza primaria a niños y niñas, principalmente pobres. En este proyecto venía trabajando, hacía tiempo, la comunidad. La inauguración tuvo lugar el 3 de octubre de 1958, entonces fiesta de santa Teresita. El acto contó con la presencia de Monseñor Alfredo Müller, obispo auxiliar de La Habana, a nombre de Su Eminencia, el Cardenal Arteaga. Tuvimos una matrícula inicial de trescientos cincuenta alumnos. Al frente del Colegio me mantuve hasta su intervención. También fui asesor del grupo de jóvenes de Acción Católica, que bajo el patrocinio de san Juan de la Cruz, funcionaba en nuestra parroquia. Es decir, que desde el principio, asumí numerosas responsabilidades; me sentía completo en aquellos años de juventud, ardor e ilusión.

**Teodoro Becerril Fernandez**